

maban también plaza célebres personajes históricos, que ya se referían al antiguo mundo, como nos indica, entre otras, la *Historia del rey Vespasiano*, ya á la edad media, de que es eficaz comprobante la *Historia de Roberto el Diablo*, que halla al fin en el teatro nacional notable acogida ¹. Generalizados en tal manera los libros de caballerías por medio de la imprenta y repetidos una y otra vez los ensayos para darles carta de naturaleza en nuestro suelo, halagaron por extremo aquel espíritu aventurero, que se había despertado en las clases populares, al verse ya triunfantes de la morisma; y dominando su fantasía, llegaban á formar la principal fuente de sus solaces y recreaciones.

Consignado dejamos, al trazar el cuadro general del reinado de Isabel I.^a, cómo se insinuaba entre los doctos aquella manera de desden, que naciendo del respeto y la admiración de las obras de la antigüedad clásica, se reflejaba inmediatamente en cuanto no reconocía el mismo origen; manera de proseripcion que alcanzando á los libros de caballerías, despojaba á la literatura andantesca del predominio, que había ejercido hasta entonces en las regiones eruditas. Lo que menospreciaban los doctos por referirse á los tiempos medios, que empezaban ya á ser designados con título de *bárbaros*, fué acariciado por los populares, por la misma razón de recordarles hazañas y empresas de otros días, que no podían ya repetirse en el mundo de la realidad política. Mientras los cantores de la muchedumbre se aficionaban á los héroes caballerescos, que se suponía haber peleado contra la morisma, hermanábase con ellos en los sentimientos religiosos y pa-

muy famoso cauallero Beltran de Guesclin, etc., nuevamente trasladada por Antonio Rodriguez Portugal, primer rey de armas del expresado príncipe. El prólogo está escrito en portugués: el texto en castellano, lo que prueba una vez más la influencia de la España Central en las esferas literarias, no menos que la actividad intelectual desarrollada á la sazón en todos los ángulos de la Península Ibérica.

¹ *La Historia del rey Vespasiano* se imprimió en Sevilla por Pedro Brun el año de 1498; la *Vida de Roberto* (admirable y espantosa) en Burgos, el de 1509, reproduciéndose en 1530 (Alcalá de Henares, por Miguel de Eguía), y en 1532 (Sevilla, por Fernando Maldonado).

trióticos, en el amor y el respeto á la justicia y en el odio á todo linaje de tiranías el pueblo de los Cides y Fernán González, no sin que esta singular manera de consorcio, nacido de accidentes externos, aunque de eficaces efectos en las esferas de la actualidad, dejara de atraer una y otra vez las censuras de aquellos que más lo estrechaban con su exclusivismo; censuras que tomaron cuerpo en todo el siglo XVI, apareciendo en diversos terrenos y bajo diferentes formas, hasta inspirar el genio inmortal de Cervantes.

Pero que esta condenación, ya formulada por escrito, no podía producir el fruto que anhelaban los doctos y alguna vez desearon los legisladores, lo persuade la consideración del estado político, en que aparece España tras el triunfo decisivo de Granada, detenidas de pronto las espontáneas corrientes de su desarrollo social y político, é iniciado en consecuencia el fatal divorcio que iba á operarse entre el pueblo y la nobleza, de que dieron en breve sangriento testimonio los campos de Villalar, cualquiera que fuese la causa primordial de las Comunidades. No volvió ya el pueblo ibérico á pelear *pro aris et focis*, al lado de sus magnates, recibiendo en el campo de batalla el bautismo de la nobleza y obteniendo, como en siglos precedentes, el premio de su valor en los repartimientos de las ciudades y provincias conquistadas. Excitada la actividad de sus hijos por la popular conquista del Nuevo Mundo, donde veían en cierto modo reproducirse las maravillas del mundo andantesco, ya derribando imperios como los de los Incas, ya dando cima á empresas tan colosales como la de Méjico, no tuvieron á gala, cual en otros días, el combatir bajo las banderas de sus señores, relajándose en consecuencia el misterioso lazo que los había unido en un sólo fin durante muchos siglos y quebrantándose aquel espíritu de íntima unidad histórica, que había resplandecido tan enérgicamente en los cantos de la muchedumbre.

Ni fué tampoco dado á la nobleza española tender, como antes, su mano amiga á las bélicas virtudes de los populares en una guerra tan santa como la que había merecido el nombre de *guerra de Dios*, prosiguiendo así la alianza, que tiene fundamento y principio en las asperezas de Astúrias. Llamada al cen-

tro de Europa, para someter, al frente ya de milites de oficio, al imperio de los Reyes de España nuevos reinos y señoríos, que gozaron antes de integridad é independencia, ni la anima el puro entusiasmo, que engendra la idea de llenar altos deberes para con la madre patria, ni le era posible responder á los generosos afectos de la muchedumbre, haciéndolos suyos y constituyéndose en su legítimo representante.—Separados pues fatalmente pueblo y nobleza, y careciendo el primero en el mundo de la realidad de héroes distintos de los que ambos habían levantado unidos sobre sus hombros, no puede maravillarnos que acudiese á las esferas ideales, para buscar en ellas nuevos objetos de admiración, ya que no de cariño, hallándolos en tan doloroso extravío precisamente en el mundo de la caballería andantesca.

No faltó en verdad el patriotismo al respeto de los antiguos héroes de Castilla, reproduciéndose el generoso empeño que había un siglo antes contrapuesto los grandes nombres de la historia nacional á los nombres consagrados en la literatura caballescica. De las grandes crónicas generales, debidas á los siglos XIII y XIV, volvieron á sacarse, no sin que el sentimiento de actualidad imprimiese en ellas su sello, las narraciones populares de la vida del Cid, de Fernán González y de los Siete Infantes de Lara, hermanándose con estas y otras historias análogas la del Rey Santo, cuyo nombre era de cada día más respetado y querido del pueblo ibérico ¹. Pero semejante protesta, á

¹ Ya antes de ahora hemos hablado de las varias versiones de la historia del Cid, que se dieron á luz á fines del siglo XV y principios del XVI con título de *Crónicas* (tomo III, cap. II; tomo IV, cap. XX): al sentimiento que procuramos caracterizar en el texto, fué sin duda debida la repetición de las ediciones en Sevilla, Toledo, Alcalá de Henares, Bruselas, etc. (1526,—1541,—1566,—1568,—1589,—1604). La *Crónica de Fernán González*, extractada de la *Estoria de España* del Rey Sabio, apareció impresa en 1509, en Sevilla, por Jacobo Cromberger, y se reprodujo en Burgos, 1516, por Fadrique Aleman de Basilea y por Juan de Junta, 1530, 1537 y 1546; Sevilla, por Doménico de Robertis, 1542; Salamanca en 1547 por el citado Junta; Alcalá de Henares, por Sebastian Martínez, 1562; Toledo, por Miguel Ferrer, 1566; Bruselas, por Juan de Montmaerte, 1588, etc., etc.

que pareció responder poco adelante la musa erudito-popular, acudiendo á las mismas crónicas para hallar materia á sus cantos, lejos de refrenar la ya indicada corriente de los instintos de la muchedumbre, era la más fehaciente prueba del predominio, que alcanzaban los libros de caballerías, predominio considerado al cabo por los hombres doctos como ofensivo á la moral y peligroso al sentimiento patriótico. Á los esfuerzos repetidos para enriquecer la literatura española con las creaciones de ambos ciclos caballescicos; al decidido empeño, mostrado desde el siglo precedente para dotarla de obras originales, á cuya cabeza contemplamos ya el *Amadís de Gaula*, acaudalado antes de mediar el siglo XV con la historia de *don Florestan*, su hermano, se unieron pues al declinar la misma centuria, en toda la Península Ibérica, nuevos y no desafortunados ensayos, precursores de aquel extraordinario movimiento que es al fin calificado de doloroso delirio por el inmortal manco de Lepanto. Entre otras producciones menores, que caen dentro del reinado de Isabel y de Fernando, licito nos será recordar aquí las historias del *rey Canamora é del Infante Turrian, su hijo* ¹, del *Infante Adramon*, del *Caballero Marsindo, hijo de Serpio Lucelio, príncipe de Constantinopla*, y las más aplaudidas de *Tirante el Blanco* y de *don Palmerín de Oliva*, padre éste, como el *Amadís de Gaula*, de numerosa prole de caballeros andantes, que viven en el aplauso popular durante el siglo XVI.

No es posible, dada la excesiva extensión de estas historias, el hacer aquí detenido análisis de todas ellas. Algunas no han logrado hasta ahora ser mencionadas por los críticos, ni alcan-

En todas estas ediciones termina la *Crónica* con la patética historia de los *Siete Infantes de Lara*.—La *Crónica del Santo rey don Fernando III*, aunque desgajada ya de la *Estoria general* escrita por su hijo, desde la época á que nos referimos y tal vez antes, no se imprimió, que sepamos, hasta 1566 (Medina del Campo, por Francisco del Canto).

¹ De este peregrino libro examinamos en la Biblioteca del Escorial un precioso ejemplar, bajo la marca 4. s/s. a. 28, de 1845 á 1846. Figuraba entre las más estimables ediciones que posee la referida Biblioteca. En años posteriores no le hemos ya encontrado, lo cual nos ha sucedido también con otros impresos y MSS.

zaron tampoco la fortuna de ver la pública luz, al salir de manos de sus autores; circunstancias ambas que sobre favorecer muy poco su popularidad, parecen disuadirnos de fijar en ellas muy particularmente nuestras miradas. La *Historia del Infante Adramon*, llamado asimismo el *Príncipe Venturin* y el *Caballero de las Damas*, afectando el tono y disposición general de una antigua crónica, se divide no obstante en seis libros, y estos en crecido número de capítulos, desarrollándose la acción en Polonia, Inglaterra (Bretaña) é Italia, y siendo al fin coronado en Roma como rey aquel valeroso príncipe, que había obtenido, por su valor y sus virtudes, la honra de ser nombrado *gonfalonier de la Iglesia* ¹. Más voluminosa y cargada de aventuras, en que dá el autor rienda suelta á la fantasía, haciendo los desafíos, los pasos honrosos y los combates con gigantes y endriagos, las peripecias y los encantamientos, los viajes maravillosos y las guerras portentosas que levantan y destruyen á placer tronos é imperios, es la *Historia del caballero Marsindo*, á la cual se une también la no menos sabrosa de su hijo, el infante Pauncio. Y sin embargo este peregrino libro, todavía no conocido de los doctos, es sólo una parte de otra más larga historia, que tiene raíz y fundamento en las aventuras de Serpio, padre de Cárlo-Lucelio, príncipe de Constantinopla, y de la hermosa reina Graçisa, su mujer, historia que es mencionada en las primeras líneas del mismo libro, cual monumento principal, haciéndose en las últimas páginas mención de otro tratado, donde se narran las aventuras de tan renombrada familia y del príncipe Pauncio *más conplidamente* ².

¹ Custodiase este singular monumento en la Biblioteca Imperial de París, bajo el núm. 10.204. Es un volumen de letra del siglo XV declinante: compónese de seis libros: el primero consta de treinta y tres capítulos; tiene el segundo treinta y nueve; quince el tercero; cuarenta el cuarto; el quinto treinta y cinco, y veinticuatro el sexto y último. Poseemos copiosos extractos del mismo, sintiendo el no poder exponerlos en este sitio: ofrecemos no obstante esmerado facsimile.

² Perteneció el único MS. que conocemos de la *Historia del cavallero Marsindo* á la biblioteca del cronista don Luis de Salazar, últimamente incorporada á la de la Real Academia de la Historia, donde se custodia bajo la

Constantinopla y Roma, aquellas dos famosísimas rivales de la edad-media, que tan vivamente herian con su grandeza la imaginación de los pueblos de Occidente, ofrecen en sus respectivos imperios el principal teatro, donde se realizan los hechos que constituyen la maravillosa *Historia del cavallero Marsindo*, terminando la de su hijo Pauncio en las regiones de África. Nacido en el mar, circunstancia de que recibe Marsindo su nombre, se halla predestinado para romper toda suerte de encantamientos, sacando del yugo de sus tiranos doncellas, princesas y reinas, y destruyendo imperios poderosos al sólo esfuerzo de su brazo; virtudes que trasmite á su hijo, quien logra conquistar también para sí y sus descendientes antiguos y muy temidos reinos, que arranca en África con invencible esfuerzo de las garras de la morisma, destruyendo el poderío del Miramamolín, hasta entonces no contrastado. Esta acción general, á que se enlazan extraordinario número de aventuras, ahogando bajo su peso y balumba el principal interés de la fábula, al propio tiempo que nos trae á la memoria, por la materia poética, las maravillosas empresas de los Doce Pares, con los principales poemas narrativos del parnaso provenzal, nos dá á conocer el momento histórico, en que el libro del *Caballero Marsindo* se escribe y el sentimiento que lo inspira, siendo para nosotros indudable que es posterior á la conquista de Granada ¹. Para que

marca L. 75. En su primera foja leemos: ...*El libro del virtuoso y esforçado cavallero Marsindo, hijo de Serpio Lucelio, príncipe de Constantinopla, y empieza el texto: «Ya vos avemos contado cómo despues de ser salida de la prision y escapada de la gran tormenta de la mar Graçisa, »hija del emperador de Constantinopla y mujer de Serpio Lucelio», etc.— Al final dice, refiriéndose al príncipe Pauncio: «É mientra él bixió todavia tuvo guerra con los moros é siempre alcanzó vitoria dellos: de mana. »que fué señor de gran tierra, é fizo tan extrañas cosas en armas que ygualló á la bondad de su padre; y aquí non vos lo contamos cómo él las passó, porque en la su grande ystoria lo quenta muy conplidamente. Amen: »Deo graçias». El MS. parece pertenecer, aunque de diversas y no buenas letras, á los primeros años del siglo XVI: está encuadernado desdichadamente y es de harto difícil inteligencia.*

¹ Sugiéremos esta observación el considerar que arrancado del poderío

puedan juzgar nuestros lectores, bajo el aspecto literario, de esta observacion, y porque así formarán más cabal idea de produccion tan peregrina, trasladaremos á este lugar algun pasaje de la misma. Hé aquí cómo, recordando el celebrado paso honroso de Suero de Quiñones, se narra la batalla que Garfir, rey de Tesalia, y Pirio, rey de Árgos, tuvieron con el Caballero de la Espina, que defendía en honra de la princesa Lecidora el paso de un puente, cercano á Constantinopla, contra todos los caballeros de Grecia, que á él llegasen:

«El cauallero de la Espina pasó la puente y traía ya su lança en la mano, y dixo:—Señores caualleros: bien soy cierto que quereys justar, pues me aveys esperado.—Á eso somos venidos, dijo Pirio; y bajó su lança. El cavallero del Espina, aunque muy bien le parescieron, no los dudó; mas fuése á encontrar con Pirio al más correr de sus caballos. Los encuentros fueron con grand fuerça, tanto quel rey de Árgos fué sacado de la silla, y cayó grande cayda; mas herió al cauallero del Espina con la lança é levantóse atordido y sacó su espada y fué como hombre fuera de seso con la vergüença que ovo de su hermano é dió al cauallero del Espina tan fuerte golpe que la cabeça le cortó. El cavallo cayó luego muerto, y el cavallero de la puente saltó muy ligero dél y embraçó su escudo y dió al rey tan fuerte golpe por encima de la cabeça que se la fiço enclinar; mas no pasó mucho que no llevase el galardón: que Pirio le dió tan fuerte golpe por encima del yelmo que le fizo al cauallero del Espina hincar una rodilla en el suelo. Mas crescióle grande ardimiento de enojo, y alçó la espada y dió á Pirio tal golpe en el braço del escudo que ge lo hizo soltar, é como la llaga fué grande, no pudo tornar á embraçarlo. El cauallero del Espina le oferia á voluntad. Pirio quiso poner su fecho en ventura, y juntóse con el cavallero del Espina para derrocarlo en el suelo, atreviéndose en su

de la morisma el último baluarte de Granada, se volvieron todas las miradas al suelo africano, dando en breve razon las empresas de Orán y de Mazalquivir de aquella aspiracion nacional al dominio de las regiones, donde se habian acogido las despedazadas reliquias del Islamismo. Á existir Granada en poder de los mahometanos, es más que probable que el autor de la *Historia del Caballero Marsindo* hubiese escogido, por teatro de esta última parte de la accion, las regiones meridionales de Iberia, como lo hicieron tantos otros, cuando pintaron el poderío de la morisma y el prodigioso esfuerzo de los héroes de sus libros. Al imaginar pues estas expediciones y portentosos triunfos, obedecia el autor del de *Marsindo* al sentimiento universal de su tiempo.

»grande fuerça; mas el otro muy más quél la tenia, que era más mozo, »y braçólo tan fuerte que dió con él en tierra y él encima. Mas prestamente se leuantó é tomóle el escudo del cuello, y dixo:—Agradeçedme, cauallero, que non vos mato: que bien lo fiziera, si quisiera.— »¿Quién vos podrá dezir la saña y la ira que Garfir tenia?... El cavallero »de la Espina cavalgó en otro cavallo, que sus escuderos aparejado le »tenian; Garfir dixo en alta voz:—«Maldita sea la donzella que acá vos »enbió: que por vos resciben desonrra los mejores caualleros del mundo. »Ya yo non querria vevir, pues Dios lo consiente». Desiendo esto, abajó su lanza, y vino contra el cavallero del Espina, el qual lo rescibió »con grande ardimiento: Garfir faltó de su golpe con la grande yra que »traya, y el cauallero del Espina le encontró en el escudo tan fuerte que »geló falsó é fizole una llaga. Garfir echó la lança en el suelo y sacó su »espada y començó de ferir al cauallero del Espina de muy esquivos y »fuertes golpes, tanto que nunca jamás él tales los avia rescibido. Mas »non mostraba punto de cobardia, mas antes fazia sentir á Garfir su »buena espada, que muchas vezes le llegava á la carne que la fuerte lo- »ruga non le podia defender. Y ansy anduvieron una gran pieza, hazien- »do salir de sus yelmos llamas de fuego; mas á la fin el rey de Tesalia »yba enflaqueciéndolo que non podia sufrir la ligereza del cauallero del »Espina: cada vez le paresçia que cresçian sus fuerças, de manera que »aquejó tanto á Garfir que non pudiendo sofrirse más, cayó del cavallo »desacordado. El cavallero del Espina se apeó y le tomó el escudo y »diólo á Dalvides, que lo llevase á las donzellas», etc. 1.

Más renombrada, aunque menos rica en ficciones, en lides personales y aventuras andantescas, fué sin duda la *Historia de Tirante el Blanco*, escrita, segun unos, originariamente en portugués, debida segun otros al romance hablado en las regiones orientales de la Peninsula, y, lo que es indudable, dada á luz en 1490 en lenguaje valenciano y vertida al idioma de la España Central y á lengua italiana en la primera mitad del siglo XVI².

1 Fól. Lxiiij y siguientes.

2 Apunta la primera opinion Ticknor (Primera época, cap. XI de su *Historia de la literatura española*), si bien no entra en el estudio de *Tirante el Blanco*, como era de esperar, tratando de los libros de caballerías, al final del siglo XV: corrigieronla sus traductores (t. I, pág. 537), manifestando el poco fundamento de los que por dejarse llevar de vanas apariencias é hipótesis, la han adoptado, como adoptaron igual suposicion respecto del *Amadís de Gaula*. Don Nicolás Antonio, Ximeno, Fuster y cuantos escritores españoles de algun peso han tocado este punto, tienen por original

Publicóse siempre bajo los nombres de Mossen Johan Martorell y Mossen Martí Johan de Galba, y apareció en efecto dedicada por el primero al príncipe don Fernando de Portugal, manifestándose en alguna de sus primeras ediciones que fué traducida de inglés en lengua portuguesa, y despues en el vulgar romance valenciano, lo cual debió dar origen á la opinión indicada ¹. Considerando no obstante que este linaje de declaraciones no merecen fé alguna, en órden al origen y á los autores de los libros de caballerías, atribuidos de continuo á personajes fabulosos, para darles mayor autoridad entre la muchedumbre, práctica de que se burló tan cuerdamente Cervantes ², y reparando en la

de las regiones orientales de nuestra Península el *Tirante el Blanco*, conviniendo todos en que fué escrito en el romance valentino. Don Nicolás Antonio y Fuster citan una edicion de 1480, anterior por tanto en diez años á la que se reputa como primitiva: la version castellana lleva la fecha de 1511 y fué impresa por Diego Gumiel en Valladolid (*Ensayo de una Biblioteca española*, pág. 1194): la italiana, debida á Lelio Manfredi, apareció en 1538. Antes de expirar el siglo XV, se dió de nuevo á la estampa la redaccion original, por mestre Pere Miguel y el citado Diego Gumiel (Barcelona, 1497). El *Tirante* fué al cabo traducido al francés, aunque muy desnaturalizado, por el famoso conde de Caylus (La Harpe, t. I de la edicion de 1851, *Apéndice F.*, por Mr. Chenier, pág. 896).

1 En la edicion de Barcelona (1497), se dice en efecto, despues de exponer el título y aun el objeto de la *Historia de Tirante el Blanco*, que «fó traduit de anglés en lengua portuguesa, é apres en vulgar lenguaje valenciano por lo magnífich é virtuos cavaller Mossen Iohannoth Martorell. Lo qual per mort sua nò pogue acabar de traduir sino les tres parts. »La quarta part, que es la fi del libre (se añade), es stada traduida, á pregraries de la noble senyora dona Isabel de Loriç, per lo magnífich cavaller Mossen Martí Iohan de Galba», etc. La version castellana apareció ya con cinco libros (1511).

2 Bastaríanos, para justificar este aserto, poner aquí nota de los autores fabulosamente peregrinos, á que se atribuyen los más celebrados libros de caballerías. Sin salir del período, que historiamos, cúmprenos observar que aun respecto de las historias que tenian su raiz en la antigüedad clásica, se hizo alarde de tan singular progénie. La ya citada *del rey Vespásiano* fué ordenada, segun sus editores, por «Iacob é Josep Abarimatia, que á todos sus acontecimientos fueron presentes», y escrita por Jafet (1498). Gonzalo Fernandez de Oviedo suponía traer de extraños lenguajes por el mismo tiempo al romance de Castilla el libro de *don Claribalte*, que escribe en su pri-

materia literaria que sirve de fundamento á la *Historia de Tirante el Blanco*, bien que no ajena del todo á las ficciones que reconocen por fuente y raiz las crónicas bretonas, no es posible tomar en sério lo de la version del inglés, perdiendo por tanto toda su fuerza lo relativo á la portuguesa, y más aun lo tocante á la originalidad de la obra.

Aparece en esta *Tirante el Blanco* levantado por su *alta caballería* á la dignidad de príncipe y César del Imperio griego; hecho no tan peregrino en verdad para catalanes y aragoneses que no hallase modelo en Roger de Flor, cuyas hazañas habia immortalizado la pluma de Ramon Muntaner en el siglo precedente ¹. Y tan exacta y oportuna es esta observacion, tan palpables son las analogías entre la historia verdadera de aquel inmortal caudillo y la fantástica de *Tirante el Blanco*, que basta la simple exposicion del argumento de tan estimado libro para dejarla críticamente confirmada.—*Tirante*, hijo del Señor de las Marcas de Tirannia y nieto del duque de Bretaña, se dirige á la córte de Inglaterra, cuyo rey celebraba fastuosamente sus bodas, seguido de crecido número de caballeros y donceles. Separado fortuitamente de estos, duérmese sobre su caballo, el cual le conduce á una ermita, donde Guillermo, conde de Warwick y uno de los más famosos caballeros de su tiempo, cansado de las humanas vanidades, hacía vida solitaria. Leia Guillermo en el momento de llegar *Tirante el Arbol de las Batallas*, libro muy preciado de la caballería; y advertido por el doncel, que despierta al detenerse su caballo ante la ermita, de sus calidades personales y de sus proyectos caballerescos, alecciónale el conde

mera juventud; y á tanto llega el abuso en semejantes ficciones, ya acudiendo para autorizarlas al hebreo, al árabe y al griego, ya al latin, al inglés y al francés, que el inmortal autor del *Ingenioso Hidalgo*, burlando de tal manía, hizo autor de tan sabrosa y aplaudida historia al sarraceno Cidi Hamet Benengeli, cuyos manuscritos felizmente habian caido en sus manos. Esta costumbre tiene sin embargo legítima explicacion, considerando el origen de los libros caballerescos y el crecido número, que de extrañas literaturas habian pasado á la nuestra, segun queda advertido.

1 Tomo IV, cap. XV.

con la doctrina, que el citado libro *de las Batallas* encerraba; y advirtiéndole del peligro que corría en aquellos bosques, apartado de sus compañeros, excítale á seguirlos, no sin regalarle, cual docto y útil catecismo, el referido *Árbol de las Batallas* y de suplicarle que volviese por la ermita, acabadas las fiestás de la córte de Inglaterra.

Triunfante del caballero Villermes en singular batalla, donde ostentan ambos combatientes un escudo de papel y un casco de flores; vencedor en un sólo día de los duques de Borgoña y de Baviera y de los reyes de Polonia y de Frizia, quienes son exterminados por su diestra; muerto de dolor don Kyrie Eleison de Montalban y rendido su hermano Thomás, tras temerosa y terrible batalla, vuelve Tirante el Blanco á la ermita del conde de Warwick con treinta y ocho caballeros, informando al anciano prócer el valiente Diofebo de las grandes proezas del primogénito de la Tirannia. Restituido este á Bretaña, sabe que los caballeros de Rodas se hallan asediados en esta isla y ciudad por el sultan del Cairo; vuela en su ayuda, acompañado de Felipe, hijo menor del rey de Francia, y obsequiado grandemente por el de Sicilia, llega á la isla, haciendo levantar el cerco con estrago de los infieles.—Vuelto á Sicilia, gozaba allí Tirante el galardón del triunfo, cuando un mensajero del Emperador de Constantinopla le advierte de que el Gran Turco habia invadido y amenazaba destruir el Imperio. Tirante no dá tregua á su valor: corre en auxilio de los griegos; é investido en la antigua Bizancio con el mando y autoridad suprema de las armas, pelea una y otra vez con los turcos; y siempre vencedor, con muerte de los reyes de Egipto y de Capadocia y destruccion del rey de África, salva de la opresion aquel decadente Imperio, asentando una larga tregua con el Gran Turco, herido gravemente, como su hijo, en la última batalla.

Con fiestas y torneos, en que brillan de nuevo el esfuerzo y la gallardía de Tirante y de sus caballeros, celebra el Emperador griego las victorias de sus libertadores, derramando sobre ellos honras y dignidades. Tirante se enamora entre tanto de Carmesina, hija del Emperador, y con la mediacion de Placerdemivida, dama de la princesa, logra verla de noche. Á la felicidad

de los amantes, turbada en parte por la malevolencia de la viuda Reposada, pone fin la terminacion de la tregua, partiendo luego Tirante el Blanco en busca del turco, sin despedirse de Carmesina. Para saber la causa de esta inesperada conducta, envia la princesa tras él á Placerdemivida; y mientras Tirante es arrojado al África por una terrible borrasca, alcanza á la mensajera igual suerte, sin lograr hallarle. Errando á la ventura, tropieza el héroe con un embajador del rey de Tremecen; síguete á la córte, y entrando allí al servicio de aquel monarca, sácale victorioso de sus enemigos. Cercada por él la ciudad de Montagata, preséntase Placerdemivida en su campo, para implorar su misericordia en favor de los moradores: reconócela Tirante, y haciéndola proclamar reina de dilatado Imperio, allega numerosos ejércitos y dirijese en socorro de Constantinopla. Ante esta ciudad, pone fuego á la armada turca, corta la retirada á las huestes del Gran Sultan, y reduciéndole al último extremo, obligale á capitular, obteniendo para los griegos una paz honrosa. El Emperador concede entonces á Tirante el Blanco la mano de Carmesina; y ya se preparaban las más pomposas fiestas para festivar las bodas, cuando acometido el héroe de mortal dolencia, pasó de esta vida, llevándose tras sí al César y á su hija, quienes no pudieron resistir el dolor de tan irreparable pérdida.

Tal es en sustancia el argumento de *Tirante el Blanco*: cuantos lectores hayan admirado en Muntaner ó en Moncada las portentosas hazañas de Roger de Flor, llamado desde Sicilia en defensa del Imperio bizantino; levantado á la dignidad suprema de las armas; triunfante una y otra vez de los turcos, que amenazaban á Grecia con horrible coyunda; desposado con la hija de los Césares, y muerto cuando eran más brillantes los resplandores de su gloria, reconocerán fácilmente con cuánta razon hemos atribuido á Juan de Martorell el intento de dar plaza en el mundo de la caballería á la memoria de aquellas inelitas proezas; intento que decide y determina el carácter de toda la obra. Porque no es la *Historia de Tirante el Blanco*, como la de tantos otros caballeros andantes, un tejido de aventuras monstruosas y absurdas, que ahogan toda accion hasta hacer imposible

su lectura; sino la exposicion de una fábula ordenada, conforme á las leyes fundamentales del arte, donde jamás se pierde de vista al héroe, y donde más bien que un caballero predestinado, es Tirante el Blanco un capitan experto y generoso, que triunfa de sus enemigos, no por el influjo de hadas y encantamientos, mas por su pericia en el arte de la guerra, hermanada con su noble esfuerzo. Los gigantes, los encantos, las batallas *solteras*, de que tan excesiva ostentacion se hace en las demás ficciones caballerescas, apenas tienen entrada en la obra de Martorell; y fuera de las fiestas de Inglaterra, en que intervienen en segundo término los agigantados (que no gigantes) don Kyrie Eleyson y su hermano Tomás de Montalban; fuera de la historia encantada de Espercio (Espertius), que en la última parte se ingiere, nada hay en este libro de sobrenatural, nada que no pueda ser realizado por un heróico caudillo y que no tuviera ya ejemplo y modelo en las regiones orientales, llevada á cabo la expedicion de catalanes y aragoneses. Esta notable circunstancia, con la gravedad de la narracion y del estilo, no menos que con lo agradable y sustancial del lenguaje, si pudo conquistar á la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco* el aplauso de Cervantes ¹,

1 El *Tirante el Blanco* es uno de los tres perdonados del fuego en el escrutinio que hace el cura de los libros de don Quijote. Cervantes escribe: «Por tomar muchos juntos se le cayó uno á los piés del barbero, que le tomó gana de ver de quién era y vió que decía: *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*. ¡Válame Dios, dijo el cura, dando una gran voz, que aquí esté *Tirante el Blanco*!... Dádmele, compadre: que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está don Kyrie Eleison de Montalban, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalban, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada... Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros y duermen y mueren en sus camas y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas, de que todos los demás libros deste género carecen... Llevadle á casa y leedle, y vereis que es verdad cuanto de él os he dicho». La exposicion que dejamos hecha, confirma plenamente el juicio de Cervantes, quien sin duda se referia exclusivamente á la version castellana.

ha dado en los tiempos modernos motivo á que muy respetables criticos le declaren exento de todo espíritu caballeresco ¹. Como quiera, revelaba el libro de Martorell un sentimiento, que no podia dejar de tener raices en el suelo de Aragon, bastando para dominar y dar carácter á toda su obra; consideracion suficiente en nuestro juicio á legitimarla, alejando más y más la hipótesi, que le dá nacimiento en las regiones occidentales de la Peninsula Ibérica ².

Igual origen se ha atribuido á los dos famosos libros de los primeros *Palmerines*, el *de Oliva* y el *de Inglaterra*, dado á la estampa el primero cuatro años antes de la muerte del Rey Católico, é impreso el segundo algunos despues ³. Pero no con

1 Southey, *Omniana*, t. II, pág. 219 (Londres, 1812).

2 El erudito Chenier en sus *Estudios sobre la literatura de la Edad-Media*, que ilustran las *Obras de la Harpe* (tomo I de la edicion de 1851), indica, al mencionar entre los libros caballerescos el *Tirante el Blanco*, que pudo este escribirse próximamente por los años de 1400, si bien no admite la originalidad inglesa, ni toma en cuenta la portuguesa.—Considerando no obstante que Mossen Juan Martorell dedica al infante don Fernando de Portugal las tres primeras partes que él escribe, y recordando que aquel príncipe, hijo de don Duarte y de doña Leonor de Aragon, pasó de esta vida en 1470, de edad no avanzada (dicessit septem et triginta natus annos, Mariana, *De rebus Hispaniae*, lib. XXIII, cap. XII), no es posible sacar la obra de Martorell de la segunda mitad del siglo XV.—Si, como vá indicado, fué escrita la cuarta parte del *Tirante el Blanco* por Martin Juan de Galba, despues de la muerte del primer autor, no faltaria razon para deducir que hubo esta de componerse despues del año indicado de 1470, pues que no se mencionó en la primera dedicatoria. De todos modos no es posible admitir la conjetura del erudito Chenier, siendo por el contrario muy probable que discurriese poco tiempo entre la redaccion y la impresion de tan celebrado libro caballeresco.

3 La primera edicion, que conocemos del *Palmerin de Oliva*, es del año de 1511: fué hecha en Salamanca, segun consta en su colofon, y dedicóse á don Luis de Córdoba, hijo del famoso conde de Cabra, don Diego Hernandez. La segunda apareció en la misma ciudad, en 1516, con este título: «*La Historia de Palmerin de Oliva*, traducida de griego en español por Francisco Vazquez». Reprodújose hasta 1580 en ocho ediciones, debidas á las prensas de Sevilla (1525—1540—1547), Venecia (1526—1534), Medina del Campo (1562) y Toledo (1555—1580). El *Palmerin de Inglaterra* salió á luz en 1547, en Toledo, en lengua castellana; se reimprimió

mayor fundamento. Imitaciones ambos, é imitaciones felices, del *Amadís de Gaula*, dióseles, con anhelo de mayor autoridad, la misma cuna, sin razon atribuida á las tres primeras partes de aquel celebrado libro, llegándose al extremo de adjudicar el *Palmerin de Oliva* á una dama de la córte de Portugal, mientras se tenia por autor del *de Inglaterra* á uno de sus reyes. Las pruebas alegadas en orden al primer libro son en verdad tan contradictorias é insuficientes como las que se exponian respecto de la originalidad portuguesa del *Amadís*, mostrando los estudios hechos sobre el segundo que no ofrecia mayor seguridad y consistencia la opinion, que le llevaba á las regiones occidentales de la Península, por más que sus ingenios hayan aparecido á nuestra vista unidos, en el cultivo de las escuelas literarias, con los ingenios de la España Central, cuyo movimiento seguian.

Notable es por cierto el observar que mientras semejantes controversias se sostienen, no ha sido posible á los eruditos portugueses presentar todavia la primitiva redaccion del *Palmerin de Oliva*, como no han logrado presentar la del *Amadís de Gaula*, y que descubierta há poco una edicion castellana, anterior por el espacio de veinte años á la portuguesa, no les es tampoco dado sostener ya ni aun la prioridad en la publicacion del *Palmerin de Inglaterra*. Examinadas ambas ediciones con el detenimiento, que la importancia del libro solicita, nace en nuestro ánimo la persuasion de que ni el rey de Portugal á quien se alude, ni Francisco de Moraes, á quien se atribuyó despues, ni Miguel Ferrer, que dedicó el libro primero de la castellana á don Alon-

en la misma ciudad el siguiente año de 1548, y sólo hasta 1567 no apareció en Évora, transferido á lengua portuguesa. La primera de las indicadas ediciones ofrece, despues de la dedicatoria, enderezada *al muy magnífico señor don Alonso Carrillo* por Miguel Ferrer, su criado, unos versos acrósticos, bajo el epígrafe: *El Auctor al lector*, de los cuales resulta ser aquel Luis Hurtado, poeta toledano, de quien adelante hablaremos. Reconocidos estos hechos, no sería ya posible insistir en la opinion de los eruditos, que adjudicaron á Francisco de Moraes, editor ó compilador portugués del *Palmerin de Inglaterra* en 1567, la gloria de la originalidad respecto de tan peregrino libro: su detenido exámen nos mueve sin embargo á sustentar la opinion, que en el texto expresamos.

só Carrillo, ni Luis Hurtado de Tribaldos, cuyo nombre aparece en un acróstico dado á luz trás la dedicatoria de la misma, son los primitivos y verdaderos autores del *Palmerin de Inglaterra*, advirtiéndose claramente que la redaccion de Moraes es recomposicion de otra más antigua, y descubriéndose en la de Ferrer y Hurtado inequívocos vestigios de un trabajo muy semejante al realizado por Garci Ordoñez de Montalvo con el *Amadís de Gaula* ¹.

Como quiera, pues este género de controversias es de muy difícil resolucion, conveniente es observar que los autores de los dos *Palmerines* no respetaron ya las genealogías de los héroes caballerescos, tales como habian aparecido siempre, divididos en dos grandes ciclos ó ramas, mezclando ahora la sangre y uniendo los destinos de los príncipes de Constantinopla, que habian sido asiados al ciclo carlovingio, con la sangre y los destinos de los sucesores del rey Artús, pertenecientes al ciclo, que radica en las *Crónicas bretonas*. Palmerin de Oliva es nieto de un emperador de Constantinopla, viéndose expuesto, como otro Edipo, en mitad de un monte y colgado en cesto de mimbres entre palmeras y olivas, de que toma su peregrino nombre: Palmerin de Inglaterra es hijo del rey don Duardos, que señoreaba aquel reino, y de Flérida, hija de Palmerin de Oliva. El primero tiene por teatro de sus hazañas las regiones de Alemania é Inglaterra, tornando al cabo á las orientales, y cobrando grande reputacion en Constantinopla, donde es reconocido por su madre, al-

1 Largo tiempo despues de realizado el presente estudio, llega á nuestras manos un notable, aunque breve, trabajo, debido al muy diligente y perspicuo investigador, don Nicolás de Benjumea, en que proponiéndose ilustrar los orígenes del *Palmerin de Inglaterra*, viene, trás una série de racionios tan eruditos como respetables, á sentar análoga opinion á la que en este lugar indicamos. Para el Sr. Benjumea, no siendo redaccion primitiva la que lleva el nombre de Luis Hurtado, lo es mucho menos la debida al portugués Francisco de Moraes: como nosotros juzga que el *Palmerin de Inglaterra* alcanzó suerte parecida á la del *Amadís*, obteniendo en último resultado que Cervantes viene á ser en punto tan debatido autoridad irrefragable, debiendo por tanto la crítica adoptar su opinion, tan respetable en orden á la literatura caballerisca.